

Capítulo 11

Pepe Gorras

Tina Casanova

II Las curaciones de Elvira



Regreso luego de las tres a espiar a los ratas en la casa del Orejotas. Estoy enojado con todos ellos. Busco refugio en el Dientes. Le cuento lo que hago y se ofrece a ayudarme. Decide ir conmigo.

Llegamos cuando el Orejotas anda zampándose el galón de mantecado frente a la tele.

—Sé por dónde se fueron ayer —le digo a Dientes—, vamos a averiguar lo que están haciendo.

Nos deslizamos agachados por detrás de la casa y tomamos el camino que da al monte. Tenemos muy poco tiempo. Tan pronto lleguen los ratas vendrán los cuatro. No podemos dejar que nos agarren. No quiero que el Dientes se dé cuenta: pero le tengo miedo al Orejotas.

48

Buscamos por todas partes. En ningún sitio encontramos la osamenta de un perro y ya estamos llegando a la quebrada. Detrás queda Parcelas Hoyo.

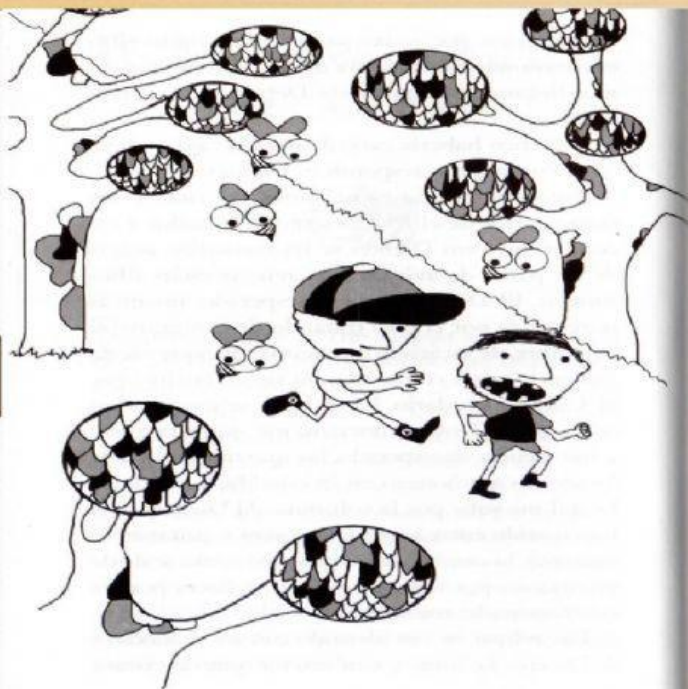
—Deben haberla cargado para la casa —digo.

—Puede ser —responde el Dientes.

Entonces es que escuchamos las risas y los comentarios de ellos. Corremos agachados a escondernos. Pero Dientes se ha escondido detrás de un panal de avispas. Las avispas están alborotadas. El Dientes grita desesperado, mientras se revuelca por el piso tratando de espantarse el enjambre, de sacárselo de encima. Aunque me da risa verlo saltar como un sapo, siento lástima por él. Corro a ayudarlo. Las avispas se me enredan en la gorra. Doy manotazos, me quito la gorra y me sacudo, desesperado, las que me persiguen. Siento un aguijonazo en la espalda. Y un dolor brutal me sube por la columna. Al Dientes se le han metido entre la ropa. Empieza a quitarse los calzones, la camisa, la gorra, y veo cómo se da de manotazos por todas partes. Si no fuera porque estoy asustado, me daría risa verlo.

Las avispas se van alejando con los manotazos de Dientes. Lo imito y también me quito la camisa.

49



Con ella doy manotazos tratando de espantar las que persisten en perseguirnos. Sentimos los comentarios de los muchachos, que se acercan, y sabemos que han escuchado los gritos. El Dientes recoge su ropa, y echamos a correr. Él, desnudo, dando manotazos y brincando como un mono, y yo azotando en todas direcciones: en una mano la gorra y en la otra la camisa.

—Gracias a Dios que no nos vieron. —Es la única cosa que se me ocurre decir mientras voy saltando por encima de los matorrales.

—¡Al diablo con ellos! Te juro que ésta me la van a pagar —dice el Dientes con lágrimas de dolor en los ojos.

Me alegro de que Dientes no me eche la culpa a mí. Y más me alegro de que se quiera desquitar de ellos... ¡Somos dos!

Intento convencer a Dientes de que vayamos a donde Elvira.

—Te lo aseguro. Ella sabe hacer cosas para curar —le digo—. Si te cuento qué hizo para que yo echara pelos...

—Sí, ya lo veo, dice el Dientes quitándome la gorra y dándome un gorrazo.

—Pero no tenía nada, nada de pelos. Eso sí, hay

que tener cuenta con ella. Es bastante despistada. A veces dice las oraciones al revés. Creo que eso fue lo que pasó conmigo.

Nos acabamos de vestir casi a la orilla de la carretera. Examino a Dientes y le cuento las picadas. Tiene cuatro en total. Pero la que ha comenzado a hincharse es la que tiene en un cachete. Yo tuve suerte, solamente me picó una en la espalda. Me imagino el dolor que debe tener el pobre Dientes. Pero como no quiere que yo lo vea llorar, se aguanta las ganas. Yo hago lo mismo.

—¡Tengo que desquitarme! —dice todo el tiempo, soltando palabrotas que no debo repetir. Yo le atizo la rabia.

—Yo también me voy a desquitar. ¡Los muy ratas! Pero primero tenemos que curarnos. Elvira nos curará.

Convenzo al Dientes y vamos a donde Elvira.

—Aquí, orinen aquí —dice Elvira buscando un sitio en el patio.

Ni el Dientes ni yo queremos orinar.

—¿Quieren que no se hinchen? ¡Pues acaben de orinar! —responde Elvira impaciente.

—A ver, Pepito, orina aquí, aquí. —Y patea con el pie el sitio donde indica.

—¿Para qué tenemos que orinar en el patio? ¿No es mejor en el inodoro? —preguntamos los dos.

—¡Porque yo digo que orinen aquí! Y rápido, que no tengo tiempo que perder —ya sin gota de paciencias.

El Llorón se baja el *pamper* y se pone a orinar tan campante mientras le da con ganas al chupete.

—Bueno, si no quieren orinar ustedes, tendré que utilizar los orines de Diego.

Ni al Dientes ni a mí nos hace gracia que tengamos que untarnos orines del Llorón. Así que me pongo de espaldas y comienzo a orinar. El Dientes todavía hace unas cuantas preguntas más, pero al final me imita. Elvira también se voltea por respeto.

—Orines con tierra, esto es lo único que baja la hinchazón de las picadas de avispas —dice Elvira mientras nos embarra en tierra con orines. A mí no me molesta mucho porque mi picada es en la espalda. Así que me aguanto las ganas de reír que me causa el Dientes con sus cachetes hinchados y embarrados de orines y tierra.

—¡Me las van a pagar! —masculla mientras Elvira sigue emplastándolo.

—¿Quiénes? —pregunta ella distraída.

Y yo, que no quiero que Elvira se entere de lo que andábamos haciendo, le meto un pellizco al Dientes.

—Las avispas, claro —reacciona él.

La verdad es que Dientes está muy payaso. Además del cachete, el labio superior también se le hinchó. Se le ven los dientes chiquitos y separados. Ahora sí que de verdad dan pena sus dientes tristes.

—Pobrecito —exclama Elvira cuando se ha ido—. Me da pena que sea tan feo.

Y ya no me aguanto las ganas de reír. Me revuelco en el piso de la risa que me da la cara de Dientes, sus cachetes embarrados de orines, su boca hinchada como una morcilla, con aquellos dientes chiquitos. También me da gracia cuando recuerdo sus nalgas blancas azotándose contra las ramas, y sus piernas flacas saltando por encima de los matorrales.

El Llorón se tira al piso también y se ríe como un loco, mientras me azota con el chupete. Se me trepa sobre la picada que tengo en la espalda y me hace ver las estrellas.

1. ¿Qué le pasó a Pepe Gorras, Dientes y Elvira?

2. ¿Cómo se curan?

3. ¿A quienes espiaban?

4. ¿Por qué los espiaban?